



¿Qué pasó con aquella biblioteca que tuvimos en la infancia?

Petit, Michèle. *Una infancia en el país de los libros* (2009). México, Océano, pp. 121.

Daniel Rojas Delgado *

¿Cuál fue el primer texto que leímos o que nos leyeron? ¿Qué libros entrarían en la categoría “nos marcaron a fuego” durante la infancia o la adolescencia? ¿Alguna vez intentamos revisarlos y escribir al respecto? Michèle Petit, actualmente antropóloga de la lectura —también es ingeniera, supo ser traductora y ghostwriter, entre otras cosas— muestra su primera biblioteca en *Una infancia en el país de los libros* (Océano, 2009). Un libro de algo más de 100 páginas que pasa revista sobre sus temas de investigación, derivadas de sus “preocupaciones infantiles”, como ella misma refiere en el apartado dirigido “A los lectores de lengua española”, donde además señala que emprendió esta obra “porque deseaba comprender qué era lo que buscaba cuando yo misma fui niña”.

Ya desde el prólogo la autora plantea que “todo trabajo *científico* es una autobiografía disfrazada” y que, en ocasiones, se busca despistar, se intenta borrar los pensamientos íntimos, las ideas personalísimas que terminan en la academia. Como el *viejo truco* del periodismo independiente, objetivo, sin las motivaciones internas —o externas— que dicen más de lo que creemos que dicen:

Yo no acostumbraba hablar del lugar que desde la infancia ocupaban los libros en mi vida, ni siquiera en los divanes de mis psicoanalistas. Uno no habla de lo que es evidente, del aire que respira, del rostro de sus amigos. (...) Fue sólo cuando escuché a algunas personas narrar los libros ilustrados de su niñez o las novelas de aventura de su adolescencia, o cuando leí algunos recuerdos de lectura redactados por escritores, cuando mi propia memoria comenzó a tomar forma.

* Daniel Rojas Delgado nació en Caaguazú (Paraguay) en 1989 y unos años después se mudó con su familia a La Plata. Es periodista, licenciado y profesor en Comunicación Social (UNLP); en el medio de esas dos carreras pasó por Letras. Coordina talleres de guaraní en La Plata y eventualmente hace fotos y escribe poesía (“Versos levados”, 2018). Da clases en secundarios de La Plata y Berisso, y es ayudante en la Licenciatura en Enseñanza de la Lectura y la Escritura para la Educación Primaria (modalidad virtual) de la Universidad Pedagógica Nacional (UNIPE). Correo: danielrojas007@hotmail.com

Luego confiesa que, cuando le proponen redactar el libro en cuestión, duda. Duda porque “no estaba segura de querer que todo el mundo se enterara de mi vida como niña o adolescente. Y tampoco es frecuente que un investigador dé a conocer fragmentos de su experiencia íntima. A tal punto que podríamos preguntarnos si el ejercicio de este oficio no es una manera de preservarla”. Sin embargo, ya se había instalado la posibilidad de contar de qué se había nutrido durante sus primeros 20 años. Y así, durante 21 capítulos brevísimos, Petit nos cuenta de qué historias está hecha —en su mayoría libros impresos, siendo fiel, en cierta forma, al título de la obra—. “Más que establecer una lista de mis momentos dichosos como lectora en aquellos años”, aclara, “he querido visitar algunas imágenes, algunos relatos que me impactaron, o lo que hice con ellos tiempo después”.

Los primeros recuerdos que guarda de un libro son, quizás, inventados. Porque no sabe a ciencia cierta si realmente existió el libro ilustrado que cree —y quiere— recordar. Hace memoria y piensa en la fascinación que éste le provocaba a sus cuatro años, que transcurrieron en Vanves, un suburbio tranquilo ubicado cerca de París: “Cerrado, el libro es completamente plano. Pero si lo abro, se desprende una imagen, surgen animales de colores, árboles. Doy vuelta la página y se destaca otra imagen, en relieve. ¡Deslumbramiento! Es para mí. Un mundo para mí”.

Luego habla de la relación entre los libros infantiles y sus abuelos. Cuenta que le hubiera gustado que le cambiaran el final a algunas historias que le leían, como la de la cabra que se intentaba defender del lobo. Que le dieran una oportunidad de vivir. “Pero no, el lobo descuartiza a la cabra que estuvo defendiéndose toda la noche”. Entonces la autora dice con seriedad: “El asunto de los libros había empezado bien pero muy pronto fue por mal camino”. Tanto las historias que le contaban sus abuelos como las de la escuela tienen algo en común: la violencia, la sangre. ¿Son, quizás, las apropiadas para la edad? “Lobos que devoran a abuelitas, niños que son despedazados en cofres para sal, ogros que matan mujeres”. Estas historias la atemorizaban al punto que algunos espacios oscuros del patio del jardín de infantes lograban infundirle el mismo miedo que la literatura le generaba al escuchar sus historias.

“Si había algo que no ayudaba, era el placer con que los adultos me leían y releían esas historias, un placer turbio, que me impedía jugar con el miedo o refugiarme en sus brazos. Estaba sola con mis temores, y para largo rato”. ¿Habría sido sólo Michèle Petit la única niña que sintió miedo al entrar en contacto con estas historias tan clásicas, hartas conocidas y de violencia invisibilizada? ¿Exagera? ¿Sería mejor cambiar el canon para dar paso a historias más agradables de “digerir”?

Los libros y los ritos

Otros textos que menciona y destaca la autora son “Mi primer diccionario Larousse”, algunas canciones y sus primeras palabras escritas. Y como supo leer pronto, pudo “saltarse” el primer grado. Lo que no pudo evitar fue otra cosa: dejar de pensar en un libro esencial que en su familia no estaba y “que todas mis compañeras llevaban bajo el brazo, un día por semana: el misal”. Ella era protestante, la única que no iba al catecismo como las demás:

Una tarde, de la escuela nos llevaron a pasear a un jardín cercano, al parque Falret, en el que había una capilla. Cuando entramos a verla, una niña remojó sus dedos en la pila de agua bendita, volteó hacia mí y me extendió su mano mojada. No entendí qué pasaba. No tenía la menor idea de esos ritos que todos compartían y de los que yo estaba excluida. Me sentí fascinada y avergonzada.

Después de contar la anécdota del misal falso —forra un libro de su madre que tenía un tamaño similar al del objeto que deseaba y se pasea con él bajo el brazo—, remata otro capítulo con una frase superficial, literalmente hablando, pero a la vez muy potente: “los libros no sólo sirven para leerse”. ¿En qué otras situaciones de nuestras un libro fue más que un libro y se convirtió en decorado, en parte de nuestro *outfit* o en una llave de acceso a otros sentidos o niveles de comunicación?

La escritura-picaporte: ¿para abrir o cerrar puertas?

A los 13 años, el trabajo de su padre obliga a su familia a viajar a Colombia, donde “durante algunos meses prácticamente no abrí ningún libro, pues estaba demasiado atrapada por los recorridos a caballo que hacíamos por los Andes, los valles de plantas tropicales, los paseos en las calles (...)”. En esa misma época su madre escribe cartas a sus parientes y ella las lee antes de que cruzaran el Atlántico. Recuerda que entonces la escritura y la mirada de su madre hacía que ella, entregada a sus “tormentos sentimentales” de la edad, volviera a descubrir los lugares que habitaba, observando las cosas que habían pasado inadvertidas: “es cierto, hay naranjales; casas de las que escapa humo; hormigas que atraviesan la carretera; faltas tapas de las cloacas en las calles”. Se extraña de lo cotidiano gracias a las cartas maternas.

Unas páginas más adelante compara las bibliotecas francesas con las colombianas. Allí son “oscuras, austeras, con acervos que no eran de libre acceso. Todo parecía decirle a una adolescente que no tenía nada que hacer en ellas” mientras que “en Bogotá la bibliotecaria me recibió sonriendo como se sonríe en esos países”. Se siente feliz de poder recorrer con libertad las estanterías, “esa vegetación tropical”.

Otra anécdota es su paso por el teatro: un día falta alguien al ensayo y la convocan para actuar en la obra “Ardèle ou la Marguerite” (*Ardelia o la Margarita*, de Jean Anouilh). Se siente importante, “la oportunidad de dejar mi invisibilidad”. ¡Su nombre aparecería en el programa, tendría un vestuario diseñado para ella! Incluso llega a soñar con ser actriz. Busca aprovechar el momento para acercarse más a los jóvenes del teatro, adoptar sus gustos, leer los libros que estos leían. Hace el intento pero esas lecturas no le interesaban: “Más de una vez tuve esa impresión de quedarme afuera de un terreno común que todos compartían. Ciertos libros o películas, más que permitirme entrar al grupo, acentuaban mi exclusión”.

Leer es una fiesta

La vuelta a Francia se da cuando tenía casi 16 años. Recuerda haber vivido y haber marchado durante aquel famoso Mayo del `68. “En los meses que siguieron, la literatura me salvó. En mi búsqueda de un país prestado, había elegido: amaría a Grecia”. En un viaje en colectivo por el Peloponeso descubre las fiestas tradicionales griegas y se enamora perdidamente. Esta búsqueda —y su posterior hallazgo— puede apreciarse mejor en otra cita que menciona, páginas antes, en el capítulo “Divagaciones”: “Pues yo estaba en busca de una tierra que me acogiera. Y si bien mis lecturas eran *en contra de* —o al menos eso creía yo— también tenía una inmensa necesidad de decirle sí al mundo.

Entonces comenzó a aprender griego moderno, a leer novelas y poesía, y a viajar dos veces al año a Grecia. Y reconoce que en esa época “por fin me sentía en casa”. Habitar los libros para habitar un lugar del mundo. Los libros eran “como chozas”, haciendo referencia a cierta forma de leer que tienen los niños, que parecieran querer cubrirse la cara o la cabeza con los libros ilustrados. “Cuando viajo por países desconocidos y cae la noche sobre el hotel, me basta un libro abierto para sentirme en casa”. ¿A quién no le pasó? Aunque lo familiar también pueda hallarse en un mensaje de WhatsApp, una cumbia o en un Big Mac.

La hoja en blanco, el desafío eterno, la aventura

En el último capítulo, llamado “Escribir”, enumera una lista de sensaciones y situaciones personales, en su mayoría de lectura silenciosa e individual, aunque también evoca experiencias ajenas y grupales:

Si releo estos recuerdos, encuentro en ellos cantidad de cosas que algunos jóvenes me han contado durante los últimos doce años, cuando evocaban su propia infancia: el descubrimiento de un mundo, de un paisaje propios, gracias a los libros; la lectura como fuga, fuera de los muros de la familia y de la casa; la liberación de la soledad, el consuelo; el temor a la intrusión de los adultos; el desagrado por los clásicos en la escuela, salvo cuando un profesor logra transmitir su pasión; el paso a otras lecturas en la búsqueda de los misterios del sexo (...)

En las páginas finales habla de las dificultades que tuvo que sortear para animarse a escribir ya que, por un lado, era un lugar más bien habitado por hombres y, por otro, le incomodaba la idea de hacer algo que su madre hacía tan bien. Una vez le mostró un poema — semiplagiado de una historieta de Mickey— y su madre, en vez de reconocerle algún mérito, le esbozó un tibio “qué lindo”. “Y yo me alejé con la tristeza y la vergüenza de saber que ese cumplido no era para mí”.

Cuando era niña o adolescente no encontré palabras ni imágenes para expresar a la muchacha que había en mí. Sólo encontré varones con destinos envidiables. Los libros con los que me topé en esa época me revelaron mi parte varonil, aventurera. Para descubrir a la mujer que era sólo me quedaba el amor. El psicoanálisis. Las mujeres que se reunirían para pensar, en los años que seguirían.

La propuesta de Michèle Petit en este libro es sencilla y compleja a la vez; incluso hace una invitación al comienzo, ubicada al final de esta reseña: “que cada quien, si así le viene en gana, recupere para sí mismo o para el destinatario que elija, algunos de los cuentos, de las rimas o las ilustraciones que hicieron del mundo un lugar más habitable”. Confiesa, además, que sólo pudo escribir “Una infancia en el país de los libros” teniendo en cuenta las huellas conscientes. Y sí, eso lo sabe muy bien. Por eso también dice medio al pasar: “lo esencial está quizás en los olvidos...”